



JACOB DE MERÉ.

HISTORIA DE UN PAJE DEL TIEMPO DE CARLOS VI.

I.

UN VOTO.

UNA mañana del mes de octubre del año 1407 el puente levadizo del castillo de Blois se bajó crujiendo sobre sus cadenas de hierro; la gran puerta se abrió con estrépito, y un jóven á caballo, sin mas séquito que un escudero, se lanzó á galope de su excelente alazan hasta mas allá de los fosos del castillo, á donde no tardó en reunirsele el hombre que le seguía. Despues hacien-

do un rodeo para entrar en un camino de travesía, que debía acortar su ruta, pasó por delante de una de las torrecillas sobre cuyo terrado una dama, rodeada de sus hijos, ondeaba su banda en señal de despedida. El caballero respondió con ademán gracioso á este saludo, y afirmándose en su silla, se volvió hácia el sitio en que estaba la dama, y gritó, dando á su voz toda la estension posible:

—Si Dios y los santos me dan ayuda, noble dama, pronto volveré aquí, despues de haber cumplido el voto que acabo de haceros.

—Que nuestra Señora te proteja, noble jóven! fueron las únicas palabras de la dama.

Aquel jóven ginete es uno de los pajes de Luis, duque de Orleans, hermano del rey, ó de Madama Valentina de Milan, su noble esposa.

Ahora, amigos míos, vamos á dejar al paje y su escudero que sigan su ruta, y si quereis, volvéremos al castillo, cuyo puente levadizo no se ha levantado aun, y procuraremos averiguar lo que ha podido motivar esta salida precipitada del paje.

La víspera del dia en que empieza esta historia, en una de las habitaciones del castillo de Blois, siete personas estaban diversamente ocupadas. La dama que acabamos de ver sobre la torrecilla, bella y adornada entonces, se daba prisa para acabar un guante de búfalo, sobre el cual habia bordado unas armas y una divisa; dos de sus dueñas, cerca de las vidrieras de la ventana, tenian la vista fija en el campo, y guardaban silencio temiendo que sus palabras no estorbasen su atencion. Junto á ellas dos niños hojeaban un hermoso misal mirando las viñetas, mientras en un rincón de la habitación un jóven paje tenia otro niño de rubia cabellera sobre sus rodillas, refiriéndole la descripcion de algunas batallas. De todos estos personajes ninguno rompía el silencio: la dama solamente, cuyo rostro era todavía hermoso á causa de la felicidad que esperaba, la dama interrumpía á menudo su tarea para dirigirse á las doncellas que examinaban el camino con la vista. De pronto dá un grito una de las doncellas.

—Qué hay? exclama la dama levantándose precipitadamente; ¿le has visto? ¿es el duque, mi noble esposo?

Todos se levantaron á esta voz; los niños dejaron caer su misal, y Juan ha dejado apresuradamente las rodillas del paje.

—No, señora, respondió la doncella, no es el señor duque, sino Rogerío, uno de sus hombres armados.

—Dios mío! no vendrá!... dijo la dama poniéndose pálida. Pero no; es imposible, añadió pasado un instante, es imposible, él vendrá. Hace ya cinco mesés que no ha abrazado á su espo-

sa ni á sus hijos. Jacob, preguntó al paje, no ha dicho el duque de Berry que mi esposo estaría hoy en Blois?

—Sí, noble señora. «Vé, han sido las palabras del duque, y di á Valentina de Milan, que mi sobrino de Orleans estará en Blois el día 8 del mes de octubre, pues lo prometo bajo mi palabra de caballero.» Estas fueron sus propias expresiones.

—Bien lo veis, vendrá, no puede faltar.

En este momento entró otro paje, y presentó respetuosamente á la duquesa un rollito de pergamino rodeado de una cinta de seda.

—Quién te ha entregado esto, jóven? preguntó Valentina con inquietud.

—Rogerio, noble señora, que llega del palacio de Orleans.

—Luego mi esposo no vendrá! exclamó esta abriendo precipitadamente el pergamino.... No, no, hoy todavía no, añadió despues de haber leído.... Oh! no lo veré mas!

Todos se mantenian silenciosos ante ella; luego con una seña hizo salir á los presentes, y cuando quedó sola se abandonó á todo su dolor, y se deshizo en lágrimas.

Pobre princesa! temia por su esposo, y verdaderamente el estado de los negocios no debia tranquilizarla. Mientras que Carlos VI y la locura tronaban en Francia, todos los partidos reñian por los girones del poder. El gobierno del Estado, confiado al duque de Orleans, como presidente del consejo despues de la muerte del duque Felipe de Borgoña, causaba envidia al sucesor de este príncipe, Juan Sin Miedo, cuyo carácter no era capaz de calmar la inquietud de Valentina, sabia que para llegar él al poder que ambicionaba, sería capaz de todo: y estaba inquieta, porque desde el retiro á que la reducia la educacion de sus hijos, veia á su esposo mezclado en aquel gran drama que se representaba en la escena política de la Francia.

Por eso lloró largo tiempo; mas despues de haber llorado, comprendió que las lágrimas no bastarian á calmar su inquietud; Valentina enjugó sus lágrimas, escribió rápidamente algunos renglones, y tomando un pitito de plata que traia pendiente á la cintura, le hizo sonar de modo, que su agudo sonido se oyó en la galería contigua, y trajo sin tardanza á su lado á su paje favorito.

—Acércate jóven, le dijo, y respóndeme:

Jacob de Meré se aproximó conmovido, y fijó sus ojos en los de su señora, como para adivinar en ellos lo que esta iba á decir.

—Jacob, puedo confiar en tí?

—Mi buena Señora, estoy pronto á sacrificarme por vos; podeis mandar, á todo estoy dispuesto.

—Muy bien, Jacob, muy bien! dijo la duquesa alargándole

la mano; estoy inquieta, añadió despues de algun silencio, me inquieta la suerte de mi esposo, y quiero enviar á donde está un fiel servidor, que le haga entender mi cuidado, y le traiga aquí.

—Y soy yo el que habeis elegido, noble señora?

—Tú, Jacob, en quien yo confio.

—Por el patriarca de mi nombre, señora, que mi señor el duque volverá aquí conmigo, ó voy á dejar este castillo para siempre.

—Mañana partirás, Jacob, y piensa en cumplir bien tu mision; de esto depende la dicha de mi vida.

El paje volviéndose entonces hacía una imagen de la Virgen colocada en una pared:

—Juro á Dios que así será, noble señora, y hago voto en presencia de la Virgen, Madre de Dios, de no comer carne hasta que no haya cumplido mi mensaje, y no dejar mi caballo hasta no haber llegado al palacio del duque de París, del que no me retiraré sino para volver aquí. Ahora, que Satán me confundá, si me dispenso jamás de este juramento. Jacob habia pronunciado este voto con tanto entusiasmo y calor, que la duquesa toda conmovida le dió su mano á besar.

—Parte, le dijo, y que Dios te escuche!

A la mañana siguiente, despues de haber recibido las últimas órdenes de Valentina, y haberse despedido de Juanito, su niño querido, el jóven paje habia hecho bajar el puente levadizo, abrir la puerta, y se habia precipitado, como lo hemos visto fuera de los muros del castillo, sin saber si volvería á entrar en él.

II.

LA CASA PATERNA.

La primera campanada de tercia acababa de oirse en Nuestra Señora de Chartres, cuando Jacob y su escudero entraron en esta ciudad, que atravesaron á toda priesa, y aun no habia resonado todavía, cuando ya estaban fuera de las murallas, siguiendo su camino por medio de la campiña, y dirigiéndose hácia un bosque que tenian en frente.

A los diez y seis años de edad, honrado con la confianza de una duquesa, encargado de una mision, en la cual fundaba ella la felicidad de su vida, el dichoso paje se veía ya admitido en el número de los escuderos, obteniendo el permiso de mezclarse á algun combate, ganando sus espuelas en un campo de batalla. Pobre jóven! En medio de sus sueños de gloria se mezclaba siempre una idea bien grata, la de la alegría que experimentarí su buena ama cuando volviese acompañado del duque.

á aquel castillo de Blois que habia pocas horas acababa de perder de vista. Sin embargo, al atravesar por Chartres, unos sagrados salmos que se cantaban en la catedral, y habian llegado á sus oídos, le recordaron su voto, é insensiblemente sus pensamientos habian tomado un colorido mas triste.

De pronto le ocurrió una idea desagradable; su rostro, poco antes tan entusiasmado, cuando se veia ya caballero, tomó un aspecto receloso, y detuvo su caballo.

—Gerbaud, dijo al hombre que le seguia, no habria en este pais mas camino que el que se ofrece á nuestro frente?

—No hay otro, señor paje, respondió Gerbaud, á menos de retroceder por la parte superior de la ciudad por donde hemos pasado, y de entrar de lleno en Beane.... Mas, añadió dudando, no nos sería bueno ir por esos caminos.

—Por qué? preguntó el paje.

—El capitán Amerigote, la Cabeza Negra, ocupa todo el territorio con su tropa, y si, como se dice, está por Borgoña, nuestra escarpela de Orleans puede muy bien valernos un cordel ó alguna estocada.

—No nos detengamos por eso, exclamó el paje con viveza, y preparándose ya á volver la brida.

—Pero, señor paje, qué fantasía es la vuestra? Pensad pues que nos atrasamos mas de dos horas, y no llegaremos jamás esta noche á la parada.... sin hablar del peligro.

Este pensamiento del retraso, mas bien que el del peligro, que hubiera corrido, decidió á Jacob á continuar su camino.

Mas cuál podia ser el motivo de esta duda, y por qué Jacob, quería evitar aquel camino?

Consistia en que el pobre jóven habia recordado su voto; sabia que no podia dejar su caballo, é iba á pasar por delante de la casa de su padre. Oh! qué esfuerzo necesitaba hacer para pasar por delante de la morada de su padre sin pararse allí, sin ir á abrazar á su madre, á la buena madre que tanto amaba!

Ya descubria la veleta blasonada, que giraba en el tejado de la mansion de su padre; porque el Sr. de Meré era caballero; ya tambien veia la entrada del modesto castillo de Meré, cuando dos hombres que caminaban delante de él y no habia reparado en ellos, tan conmovido se hallaba, un gentil-hombre y un fraile, se volvieron al ruido de los pasos del caballo.

—Por el cielo exclamó al punto el anciano hidalgo, es Jacob, es mi hijo! Dios le envia á nuestra presencia.

A esta voz tan conocida, Jacob estuvo casi para saltar de su caballo, y precipitarse en los brazos de su padre; mas de pronto la idea de su voto se le suscitó con fuerza, detiene su cabalgadura, y exclama:

—Padre mio! Dios os guarde!

— Qué quiere decir esto? preguntó el Sr. de Meré; ¿por qué Jacob no ha venido ya á mis brazos? ¿No quieres ya á tu padre?

— Por Cristo! no creáis eso, mi respetable padre, nunca vuestro hijo os amó tanto.

— Ven pues á abrazarme, Jacob.

— No me es posible, lo juro por el cielo! He hecho un voto que me retiene sobre este caballo ni mas ni menos como si estuviese atado.

— Muy bien, hijo mio, muy bien! dijo el monje, un voto es cosa santa; faltar á él es ser perjuro á Dios.

— Has hecho un voto, Jacob? preguntó el padre con sentimiento.

— Sí, padre, ante la santísima Virgen he jurado no apearme de mi caballo hasta haber llegado á la Corte en que reside Orleans.

— Por el infierno! ese voto no lo podrás cumplir; Jacob, es necesario que entres aquí si quieres abrazar á tu madre antes que muera.

— Su muerte! Jesus! qué decís? exclamó Jacob, perdiendo el color.

— Si Jacob, sí, su muerte, repuso el viejo hidalgo; hace dos dias que está muy mala, los físicos la han abandonado, y vé ahí un santo varón que acaba de hablarla de Dios durante su agonía. Pobre Gertrudis!

Y el anciano caballero enjugaba dos grandes lágrimas que corrían por sus mejillas.

— Mi madre vá á espirar! exclamó Jacob volviendo del aturdimiento que le había producido tan terrible noticia.

— Vamos, ven, hijo mio, ven: tu vista infundirá alegría en su corazón, y dulcificará la amargura de ese momento.

— Por el cielo! iré suceda lo que suceda. Quiero abrazar á mi madre.

Sin reflexionar, había ya Jacob dejado los estribos, y se preparaba á saltar en tierra, cuando el religioso adelantándose de pronto le sujetó fuertemente por el brazo en el momento en que iba á saltar del caballo.

— Cristiano, acuérdate de tu voto! gritó con voz sonora.

Y Jacob volvió á sentarse sin fuerza sobre la silla. Nada pudo pintaros el dolor del desgraciado paje combatido entre el amor á su madre y su voto, que era una cosa sagrada. Se puso á llorar, y dejó caer su cabeza sobre el hombro de su padre, que se había acercado á él y le abrazaba.

— Desgraciado de mí! repetía Jacob con sollozos, desgraciado de mí que me he comprometido así temerariamente!

— Jóven, no murmures, le dijo gravemente el religioso: Dios es grande, y nuestra señora la Virgen te ayudará. No te desanimas, y cumple tu comision.

En este momento tocaban á misa en la capilla de una aldea inmediata. Este tañido religioso que se habia mezclado á las palabras del sacerdote produjo en el alma del pobre jóven un efecto saludable.

—Si, yo marchó, exclamó con voz mas firme, cumpliré mi mision, lo he prometido á madama Valentina, y haga el cielo que el duque mi señor emprenda sin tardanza este camino; entonces estaré libre de mi voto, y podré volver para abrazar á mi madre. Adios padre mio, quedaos con Dios, santo varon, rogad por la salud de mi madre!

A estas palabras hizo señas á Gerbaud, que todo conmovido se habia retirado á un lado, y á los pocos minutos habia enteramente desaparecido no sin volver muchas veces la cabeza hácia aquel sitio en que dejaba á su madre entre la vida y la muerte. El señor de Meré y el religioso no pudieron separarse del lugar en que Jacob acababa de dejarlos llenos de admiracion de su fuerza de alma y de su valor, hasta pasado algun rato.

Ya era muy de noche cuando entró en París, y sin hacer caso de las reiteradas preguntas de los ciudadanos que se paraban á su paso, y le interrogaban con curiosidad, se dirigió aceleradamente al palacio Orleans.

La puerta de éste estaba abierta, y se apresuró á entrar en el patio, donde una porcion de escuderos y de pajes esperaban con sus caballos al lado, mientras dos caballeros se mantenian armados junto á una mula ensillada. A su entrada en el patio Jacob fué acogido por una aclamacion general de los pajes.

—Ola! Jacob, eres tú? por mi futura barba que te creia muerto, exclamaba uno.

—Salud al paje de las hembras! decia otro.

Mas sin responderles, Jacob, luego que llegó á la mitad del patio, saltó de su caballo, porque ya podia hacerlo, y se precipitó hácia la habitacion del duque, donde fué introducido al instante.

El duque iba á salir; ya habia cubierto su cabeza con su caperuza y sus hombros con su manto, cuando entró el paje, alterada la respiracion y cubierto de sudor.

—Eres tú, Jacob? dijo el duque al verle. De dónde vienes, hijo mio, que estas tan fatigado?

—De Blois, monseñor.

—Y qué noticias de Valentina, mi noble esposa?

—Malas, monseñor; el no veros la tiene entristecida y cuidadosa; llora, se desconsuela, y si os descuidais, mi buen señor, podrá muy bien suceder que madama Valentina, que el cielo la proteja! se rinda á su dolor.

—La loca! exclamó el duque encogiéndose de hombros.

—Loca! sí, eso es cierto, monseñor, replicó Jacob con ardor

y arrebatado de su estimacion á la duquesa; loca, porque tanto piensa en vos, cuando vos tampoco os cuidais de ella!

—Por Satán! señor paje, exclamó el duque arqueando las cejas, tu insolencia merece castigo. Mas quiero atribuirle á tu afecto á Valentina, añadió un instante despues, como reprendiéndose de su enfado.

—Oh! perdonadme, monseñor, pero si vos la hubiérais visto como yo llorar en medio de sus hijos, que estrechaba contra su corazon; hasta el hijo de madama de Cany, el pequeñito Juan, acariciaba, hablándole de vos. Oh! si la hubiéseis visto así desconsolada, monseñor....

—Basta, basta, exclamó el duque paseándose ajitado y bajando al patio de su palacio.

—Oh! venid, monseñor, venid, continuó Jacob con instancia; si la hubiérais oido. «Parte, me ha dicho, y piensa que á su regreso está unida la felicidad de mi vida.» El duque conmovido cediendo á los ruegos de Jacobo, dijo á todas sus gentes de armas reunidas ya en el patio de su palacio para acompañarle.

—Iré, partiré esta noche misma mi primo de Borgoña hará lo que bien le parezca, pero yo quiero ver á Valentina. Que se preparen á ponerse en camino! Y á tí en recompensa de tu celo te armo por mi escudero. Dobló su rodilla Jacob, y el duque tocándole con su espada, lo elevó á un grado, primer escalon para ascender á caballero, dignidad muy apetecida entonces.

Uno de los nobles que se encontraban allí se preparaba para ir á transmitir esta orden, y los ojos de Jacob despedian rayos de alegría, cuando un paje de la reina se presenta y viene á suplicar al duque que pase inmediatamente á su palacio.

El duque dudó; quizás tambien iba á decidirse á seguir el camino de Blois, cuando el paje de Isabel añadió:

—La reina espera, monseñor, qué la digo?

—Que te siga, Amelot, dijo el duque enteramente decidido; y despues, evitando pasar por delante de Jacob, cuyos ojos suplicantes parecian decirle Valentina! salió precipitadamente.

El pobre Jacob se retiró abatido á su estancia, y allí, no viéndose obligado á contenerse, lloró mucho tiempo pensando en su madre. Pero al fin el cansancio triunfó, y se quedó dormido.

La conclusion en el número siguiente.



TRADICIONES POPULARES.

LA HOGUERA DE SAN JUAN.

EN otro tiempo, cuando la fé religiosa se mantenía viva, toda la cristiandad encendía hogueras en la noche del 23 de junio, en torno de las cuales se bailaba ó rezaba, no faltando quien salvaba con presteza las llamas, saltando del un lado al otro con la mayor agilidad. Creíase en aquellos buenos tiempos que el fuego encendido en la noche de San Juan disipaba las malas influencias que en el aire y en las aguas dejan los espíritus malos, y la iglesia se asociaba á tan piadosas operaciones, saliendo en procesion, y encendiendo en una hoguera las hachas, que se reparatian á los circunstantes.

Esto último ha desaparecido enteramente; pero el uso de encender hogueras se conserva aun en algunas de nuestras provincias, y sobre todo en las Andalucías y Extremadura, soliéndose aun ver algunas poblaciones, donde no solo bailan en torno del fuego, sino que guardan un tizon apagado, costumbre heredada de nuestros piadosos abuelos, así como la de pasar algunas yerbas por las llamas, para que sirviesen de preservativo eficaz y remedio poderoso contra ciertas enfermedades colocándolas en las cuadras y establos.

— Id, hijos míos, dijo á dos niñas y á un niño menor que ellas, una infeliz que se hallaba en cama, muy mala, segun todas las apariencias; id á Cáceres á echar vuestro haz de leña en la hoguera de San Juan, y traedme un tizon y un manojo de yerbas pasadas por el fuego.

— Bueno, madre!

— Sí, madre!

— Sí, sí!

Y Antoñita, Bernarda y Jacintillo, hijos de la pobre enferma, viuda de un guarda-bosques muerto pocos días antes, se pusieron en marcha, despues de encerrar á *Canela*, una perra muy cariñosa que quería seguirlos á toda costa.

Desde la dehesa donde vivía Magdalena hasta Cáceres habia una legua bien medida, es decir, que las piernas de nuestros viajeros, cuya marcha debia ser interrumpida por la necesidad de arreglar los hazes de leña y de buscar las yerbas que debian poner buena á su madre, tenian que andar nada menos que tres horas.

Antoñita, que era la mayor y la mas bella de los tres herma-

nos, juntaba las ramas mas rectas para la hoguera de San Juan; Bernarda, aunque mas viva y aturdida, rezaba un *ave Maria* por cada yerba que cogia, y Jacintillo no estaba tan inquieto como de costumbre.

— Sentémonos al pié de esta encina, dijo á sus hermanas á la mitad del camino.

Y en efecto se sentó en el suelo, y comenzó ayudado por Bernarda á hacer el manajo de yerbas; pero Antoñita les mostró el horizonte que empezaba á ennegrecerse.

— Veis? les dijo; pues es una tormenta; con que daos prisa, porque de aquí á Cáceres hay mucho camino.

Jacinto y Bernarda se pusieron en pié, y los tres prosiguieron su camino, aunque, si hemos de decir la verdad, los dos hermanos menores andaban menos que Antoñita, la cual, en virtud de su derecho de primogenitura, tenia zapatos, mientras que Bernarda iba con los pies descalzos, y Jacinto solo contaba para sus dos pies con un zapato roto por la punta. Sin embargo, caminaban á buen paso por una vereda honda y tortuosa, que cubrian con sus espesas ramas las copudas encinas.

— Ahí hay una cruz, lo que indica que en este sitio han matado á alguien, dijo Antoñita, apresurando la marcha.

— Y á la noche tendremos que volver á pasar por aquí! añadió Jacinto con voz mal segura.

— Y la tormenta se aproxima! ¿no oís los truenos?... Corramos! corramos!

Bernarda al decir esto tiró de sus hermanos; mas eran inútiles sus esfuerzos, porque no podian llegar á Cáceres antes que estallase la tormenta. Ya los relámpagos pasaban casi sin interrupcion detrás de la negra cortina que cubria el horizonte por la parte del Sur; la brisa que poco antes producía en el ligero follaje el murmullo de un arroyo, la brisa, convertida en huracan, sacaba de las hojas sacudidas con violencia el ruido de una cascada próxima, y resonando el estrépito en las profundidades del bosque, se prolongaba sordamente. Los reptiles, salamandras y culebras se acogian á los troncos de los árboles horadados que les servian de abrigo; los ganados trashumantes que pasaban en las praderías ó en el encinar daban mugidos ó balidos llenos de espanto, á los cuales se mezclaban de un modo lúgubre los tristes sonidos de reclamo que los pastores de ciertas provincias sacan del caracol que les sirve de trompa.

— Dios mio! ya llueve! exclamó Antoñita.

— Qué gotas tan gruesas!... y qué calientes! añadió Jacintillo.

— Si solo fuera la lluvia! respondió Bernarda; pero el viento me impide caminar... es preciso ponernos al abrigo de este árbol.

Entonces Bernarda envolvió en su delantal el haz de su her-

mana y el suyo, y se acurrucaron lo mejor que pudieron al pié de un alcornoque, mientras Jacinto ponía en el suelo su manojo para sentarse sobre él.



—Dios mio! oh bendito San Juan, tened piedad de mi pobre madre, que está mala.

—Si la lluvia continua no se podrá encender la hoguera, y mi madre se morirá!

Esto decía Bernarda, contemplando con los ojos anegados en lágrimas el cielo siempre negro hácia el horizonte. Oscureciéndose este mas y mas, se iluminaba por momentos con la luz azulada de los relámpagos, reflejados por la blanca corteza de los álamos y las brillantes hojas de los gigantescos acebos. Espantosos ecos resonaban en el bosque aumentándose á cada momento: eran el trueno, el choque de los árboles agitados con la tormenta, y el desbordamiento de las aguas que se precipitaban como cascadas á los hondos caminos.

—¡Qué desgracia! no se podrá encender la hoguera de San Juan! repitió Antoñita, cubriéndose la cabeza con su pañuelo. Y las lamentaciones de su hermano y de su hermana crecían con

la tempestad, cuando en medio de tantos y tan diferentes ruidos, Jacinto reconoció una voz querida.

—Bernarda, *Canela* ladra á lo lejos.

—Animalito!

—De dónde vienes, *Canela*? Cómo has dejado á tu ama? por qué...

Bernarda no se atrevió á acabar por no asustar á Jacinto y á Antonia; pero aquella perra, que corria hácia ellos ahullando, le recordaba el grito de dolor que estos animales lanzan cuando una persona está para morir. Así es que aunque saltaba á su alrededor, no pudo decidirse á acariciarla, porque tenía el corazón oprimido. Le parecía que procuraba, tirando de sus vestidos, hacerla volver atrás, y también su hermana estaba triste, y no se atrevía á pronunciar una palabra. En cuanto á Jacintillo con la ignorancia de su tierna edad, pensó en preservar á su perra de la lluvia, y para hacerlo se quitó la chaqueta, cubrió con ella á su favorita, y quiso ponerla su sombrero; pero como no era suficiente, con su linda cabeza rubia adornada de bucles protegía la frente y el hocico de la perra.

A pesar de estas atenciones, *Canela* permanecía triste y pensativa, y dando dolorosos ahullidos procuraba llevarse á Jacinto hácia la casa-monte, circunstancia que Antoñita y Bernarda veían con ansiedad, porque no se figuraban que su madre, viéndose venir la tormenta, llena de inquietud por sus amados hijos, á quienes no podía llevar socorro alguno, hubiese enviado en su lugar á la inteligente *Canela*.

Ya los pobres niños decían en su desesperacion que no tenían necesidad de ver la hoguera de San Juan; ya suplicaban al Señor que dijese á la tormenta: *no vayas mas lejos*, para que pudiesen llevar á la enferma las yerbas benditas que aguardaba; y con su llanto y su desesperacion no veían que el horizonte se aclaraba, que calmaba el viento, y que el trueno sonaba con menos frecuencia y resonaba á lo lejos.

En fin, un rayo de sol reemplazó á la pálida luz de los relámpagos, rayo de esperanza y alegría que penetró hasta el alma de Antoñita y de Bernarda.

—Vamos, Jacinto, vamos; dijo la hermana mayor: todavía ha de poder encenderse la hoguera de San Juan!

Jacintillo estaba muy cansado; pero un leñador, que también se dirigía á la ciudad desde otro extremo del bosque, lo montó en su borrico, de lo que se alegraron mucho sus hermanas.

Gracias á este socorro y al paso redoblado de la marcha de Bernarda y Antoñita, que hundían con valor sus desnudos pies en los charcos que era preciso pasar, la caravana llegó á las seis de la tarde á la ciudad de Cáceres. En el momento en que Antoñita, Bernarda y Jacintillo entraron en la poblacion, los pur-

púreos rayos del sol que se ponía, prestaban un tinte de oro bruñido á las negras paredes de las góticas ruinas y de los mas altos edificios.

A los últimos rayos del sol, sucedió un crepúsculo resplandeciente, que fué debilitándose por grados hasta que desapareció del todo. Antoñita veía con gran inquietud que se acercaba la noche, y no pudo menos de decir:

— «Como no hay luna, no veremos el camino cuando demos la vuelta.

— Vah! le respondió Jacinto; no tenemos la perra?»

En cuanto á Bernarda solo pensaba en su madre, á quien habia dejado tan mala, y en la espantosa llegada de *Canela*.

Al fin, luego que la noche se puso completamente negra, salvó las estrellas que brillaban pero harto lejos para alumbrar la tierra, salieron de la iglesia mayor dos chicos vestidos de monaguillos, y que llevaban hachas encendidas; detrás de ellos iba la cruz, en seguida el vicario y por último el cura. Aquella pequeña procesion, seguida de muchos vecinos, púsose primero de rodillas al rededor de la hoguera que el cura mismo encendió despues de bendecirla. Nuestros tres niños, como es de suponer, iban en la procesion; y con qué devocion rezaban mientras el cura pronunciaba las palabras sagradas! Qué espectáculo tan bello el que presentaban aquellos hombres, ó mas bien sombras negras que se inclinaban sobre la llama de la hoguera de San Juan, siempre en aumento á medida que todo el que pasaba arrojaba en ella su haz de leña! Era un nuevo relámpago que brillaba sin cesar sobre las paredes de la iglesia y de las casas.

— San Juan! tened piedad de mi madre, decia Bernarda... añadiendo á la gran hoguera la leña que habia juntado con tanto trabajo en el bosque.

— San Juan! curad á mi pobre madre; dijo Antoñita á su vez, arrojando su haz.

Jacintillo hizo casi la misma invocacion mientras que la ardiente llama devoraba su ramo de encina; y en seguida el cura seguido de su acompañamiento dió otra vuelta, cantando el *Te Deum*. La cruz, la larga estola del sacerdote que flotaba á merced del viento, los colgantes flecos de las cofias de las mujeres, los anchos sombreros de los hombres, todo lo dibujaban las llamas, prolongándose en espesas sombras sobre el suelo y las paredes.

Cuando desapareció el clero, los vecinos empezaron á saltar por encima de la hoguera, y Jacintillo no fué el último que se puso en fila, porque tenia tanto deseo de tornar á su casa!

— Esperadme al otro lado, dijo á sus hermanas, cogiendo con la mano derecha el manojito de yerbas de San Juan; y cuando vió á través de la llama á Antonia y á Bernarda, tomó carrera

y saltó la hoguera de parte á parte, con lo cual quedaron consagradas las yerbas. Escusado es decir que *Canela*, que estaba detrás de su amo, le imitó á las mil maravillas, con gran escándalo de la población.

Mientras ardía la hoguera, todas las mujeres permanecieron de rodillas en torno del fuego, mientras los hombres y los niños contemplaban piadosamente la llama que se consumía. Entonces Antonia y Bernarda cogieron cada una un tizon apagado, y la primera dijo:

—Marchémonos.

—Sí, sí, respondió Bernarda.

Y aunque la echaba de valiente, temblaban todos sus miembros á la idea de las tinieblas del bosque, donde habia tantos lobos y jabalíes. Por fortuna, ó por mejor decir, por disposición del cielo, un vecino caritativo que conocia á aquéllos chicos, les prestó una linterna, con lo cual se creyeron salvados. *Canela*, habituada sin duda á este servicio, cogió el aro de la linterna en la boca, y les sirvió de guia y porta-farol. Ciertamente tenían un conductor seguro; pero es preciso convenir que los pobres pies descalzos de Bernarda se hundiesen en una charca ó en un arroyo, y no haciendo caso de los espinos que desgarraban el vestido de Antoñita ó herian las piernas desnudas de Jacintillo, que corria con denuedo por en medió del barro; á pesar de que sus hermanas lo llamaban de vez en cuando para disfrutar un poco de la claridad de la linterna.

—Mira, Bernarda; este es el árbol donde nos cobijamos hoy, dijo Antoñita mostrándolo con el dedo.

—Sí, es verdad. Dios mio, cuánto deseo ver á mi madre!..

Marchemos mas á prisa.

Y al decir Bernarda estas palabras apretó el paso. No se oía entonces en aquella vasta soledad mas que el ruido del agua y del lodo que salpicaba á los viajeros.

—Ya estamos en la cruz, dijo Jacinto asustado.

Y los tres hermanos se santiguaron.

—Ay Jesus! exclamó al mismo tiempo Bernarda que de repente se sintió detenida por una zarza.

—Para qué nombrás este camino? dijo Antoñita; y tú, Bernarda, para que nos asustas con tus gritos?

Y casi corriendo atravesaron los chicos el camino en que fué muerto el pobre viajero, sin que aflojasen su marcha hasta que llegaron á una altura desde la cual descubrieron en el fondo de una cañada una luz que sin duda era la de su madre.

—Mas á prisa, hermanos, mas á prisa; dijo Antonia, y *Canela*, como si lo hubiese comprendido, redobló el paso; pero de repente se detuvo, y gruñendo con impaciencia, sin

poder resistir mas, soltó la linterna para ahullar y correr.
 —Dios mio! qué tendrá? exclamaron los tres niños juntando las manos; qué habrá oído?... qué es lo que ha visto?

Bernarda alzó la linterna apagada, atribuyendo aquel lance á un fatal pronóstico, y dirigió á sus hermanos lo mejor que pudo hácia la luz que desaparecia y volvía á aparecer entre los árboles por intervalos.

—Ya estamos cerca! ya estamos cerca! dijo Jacintillo dando palmadas.

—Escucha, exclamó Antonia; oigo una voz que nos llama.

—Es la de mi madre! añadió Bernarda saltando de gozo.

Entonces nada pudo impedir á los niños que corriesen, y hallaron á su madre, no en el lecho, sino en pié á la puerta de la casa-monte. Apenas podia tenerse; pero como se moria de impaciencia, de inquietud y de angustias, desde que la tormenta debia, segun ella, sumergir los hondos caminos del bosque por donde tenian que pasar sus hijos, envió á *Canela* en su seguimiento, diciéndola que los hiciese volver. Y qué tormentos cuando no los vió! Júzguese pues cuál sería su gozo cuando Antonita, Bernarda, Jacintillo y la fiel *Canela* la rodearon, llenándola de caricias! Parté de la noche la pasaron entregados á la alegría, y la conmocion de placer que sintió la pobre enferma la volvió su perdida salud.

Todos los habitantes de aquel pais atribuyeron este milagro á las yerbas de San Juan, que se componian de lirios blancos, verdolaga silvestre, álamo verde, las hojas caidas del nogal, romero, y por último de la flor amarilla conocida con el nombre de corazoncillo.

HISTORIA NATURAL.

EL DANTA.

PERTENECE este animal á la especie de los ciervos, y habita en el antiguo y nuevo continente. Como el ciervo comun tienen los dantas sólidos cuernos enteramente huesosos, y se distinguen de él en que son mas corpulentos, en que sus narices suben y bajan con un ruido sordo, en la extension de sus orejas, lo corto del cuello, y la desproporcionada altura de sus miembros, especialmente los de atrás. Esta altura lo obliga á doblar sus miembros cuando quiere pastar, y habita en los bosques, donde roe las yemas y la corteza de los árboles. Se diferencian tambien del ciervo en la direccion casi horizontal de sus cuernos en palmas

triangulares, que en los bordes exteriores están cubiertas de pitones, según los años que el danta tiene. Estos cuernos, compactos y pesados, se caen al fin del otoño, y vuelven á brotar en la primavera.

Algunas veces la estatura del danta es mayor que la del caballo, y los músculos de su cuello, recogido y vigoroso, tienen una masa doble de la del caballo á fin de sostener la cabeza, sobrecargada con el enorme peso de los cuernos. El labio superior del danta, más desenvuelto que el del caballo, le sirve para coger la yerba, las hojas y los botones, y en el verano para librarse de los tábanos permanece de día y de noche sumergido en las lagunas, sacando la cabeza solamente. Así masca la yerba debajo del agua, resollando por la nariz. La carrera del danta es un trote rápido, y acompaña su marcha con un resoplido extraño, que se atribuye á falta del líquido que provee las articulaciones de los animales, y se llama *synovia*.

Los enemigos más temibles del danta son el oso y el gloton, que lo acechan en lo alto de los árboles, se arrojan sobre él, y se cuelgan á su cuello. El danta se arrastra por el suelo, se refriega fuertemente contra los árboles para aplastar á su enemigo; pero acaba por espirar agobiado de fatiga y bañado en su sangre. A pesar de su timidez, se domestica fácilmente al danta, habiendo algunos países en que se les destina á tirar de unos carritos.



El Danta.